

el profesor Redondo se lanzó a la búsqueda de la crónica de Guevara. Tras seguir diferentes pistas, concluye que no ha podido encontrar el texto específico de Guevara, pero que, dado que Alonso de Santa Cruz y fray Prudencio de Sandoval conocieron y utilizaron la crónica y los papeles de Guevara, en estos autores hay que buscar las huellas de la historia de nuestro autor. Especialmente en Santa Cruz, porque este historiador copia casi literalmente los documentos y fuentes de que se sirve, como se ha demostrado por métodos comparativos de textos. De una pormenorizada confrontación, en busca de fragmentos de inconfundible impronta guevariana, Augustín Redondo deduce que Sandoval no conoció la crónica de Guevara, que pasó probablemente, tras la muerte de nuestro autor, a poder de su hermano, el doctor Fernando de Guevara, y que Sandoval había encontrado en el pueblo de Almenara, donde el doctor tenía posesiones (en tal sentido se expresa el propio Sandoval). Por el contrario, Santa Cruz dispuso de un texto de la crónica guevariana mucho más cuidado y perfecto que el que utilizó Sandoval. Sirviéndose de características de estilo, Augustín Redondo establece un cuadro comparativo de la materia que Sandoval y Santa Cruz tomaron de Guevara, aunque obviamente las conclusiones obtenidas no pueden ser consideradas como definitivas.

Por otra parte, gracias a nuestro autor podemos hoy conocer el *Opus epistolarum* y el *De Orbe Novo*, de Pedro Mártir de Anglería, ya que Guevara, al preparar la edición de estas obras, las salvó, casi con toda seguridad, de un olvido irremisible.

Estudiando los fragmentos de la crónica de Santa Cruz que considera de paternidad guevariana, Augustín Redondo intenta extraer qué concepción de la historia y del oficio de cronista poseía fray Antonio. Para ello se centra, especialmente, en los fragmentos dedicados a las guerras de las Comunidades y a la conversión de los moriscos valencianos y granadinos, episodios que Guevara vivió personalmente. No obstante, en este análisis hay que ser muy precavido, puesto que nos estamos basando en un texto que no es original de Guevara. Dicho análisis demuestra que Guevara sentía la necesidad de ajustarse a la verdad histórica y de abordar con seriedad el estudio de los hechos que nos ha de relatar. Podría argumentarse que, en lo tocante a las Comunidades, Guevara inserta en su obra una serie de cartas imaginarias cruzadas entre las ciudades sublevadas; ahora bien, la recreación de arengas, discursos o cualquier otro tipo de documento «textual» era moneda corriente entre los historiadores del momento y una moda impuesta a imitación de Tito Livio (partiendo de un hecho, cuyo significado era conocido, el historiador recreaba imaginativamente di-

cho acontecimiento, al que adornaba con toda la retórica al uso a fin de dar colorido a la narración). Por lo que respecta a Guevara, es preciso decir que cuando dispone de documentos auténticos los copia casi al pie de la letra; por el contrario, cuando no dispone del documento, pero conoce su existencia, lo inventa, intentando imaginar su previsible contenido. Y no por ello hay que acusar a Guevara de impostor; era lo común en una época en que la historiografía carecía de las normas estrictas y los métodos científicos que en la actualidad posee.

4. *Guevara, obispo de Guadix.*

Entre 1526 y 1529 se resarrolla el período cortesano en el que Guevara va a vivir su época dorada y su ascensión progresiva en la escala social: predicador real, consultor del Santo Oficio, cronista oficial del emperador y, a partir de 1528, autor célebre tras la publicación del *Marco Aurelio*. Como hombre de Iglesia sólo le faltaba acceder a la dignidad episcopal, circunstancia que debió de producirse, según Augustín Redondo, en el primer trimestre de 1529.

Guevara recibe la noticia estando en Valladolid, adonde se había desplazado para preparar la edición de su *Relox de Príncipes*. En su designación para obispo debieron de influir las presiones de sus familiares en la corte y el hecho de que Guevara era un experto en cuestiones moriscas (el obispado de Guadix contaba con numerosos conversos). Sin embargo, parece que el franciscano no recibió la noticia de su designación con demasiado entusiasmo, probablemente porque, existiendo en aquel momento varios obispados vacantes, esperase la concesión de algún otro con mejor dotación económica que el de Guadix, o quizá porque el nombramiento le obligaba a abandonar la corte, por la que tanto apego sentía, y a establecerse en una diócesis alejada y pobre.

La consagración de nuestro obispo debió de llevarse a efectos antes de julio de 1529 y en agosto o septiembre estaba ya, seguramente, en Guadix. Después de analizar la vida y los dos viajes que Guevara efectuó a la corte, Augustín Redondo, tras el estudio detallado de los diferentes pleitos que el obispado traía entre manos, concluye que es totalmente falsa la imagen que se ha venido propalando del Guevara pleiteador puntilloso e inveterado; de los siete pleitos que se instruían durante su mandato, sólo uno de ellos fue suscitado por nuestro obispo, y se canceló rápidamente con una avenencia. También con un acuerdo entre las partes terminaron otros procesos que Guevara había heredado de su antecesor en la sede de Guadix. Estamos lejos, pues, del obispo intrigante y preocupado sólo de los intereses mate-

riales. Por lo demás, estos procesos (que eran comunes en aquella época) se justifican como un intento de fray Antonio por defender su pobre obispado contra las expoliaciones de los grandes prelados o de los nobles; y, además, siempre buscó nuestro autor, en estos casos, la vía de la conciliación y la concordia, apareciendo, pues, como un hombre lleno de sentido común. Por otra parte, hay que añadir a su favor los esfuerzos de Guevara por mejorar la vida religiosa en su diócesis, proporcionando a los nuevos convertidos sacerdotes capaces y preparados, que conocieran la lengua morisca para que pudiesen evangelizar y hacer abandonar sus prácticas religiosas a los musulmanes. No quiere decir todo esto que Guevara fuese la imagen del perfecto obispo, pero sí que fue un pastor consciente que intentó asegurar lo mejor posible la dirección espiritual de sus ovejas y la administración de su diócesis. Sin embargo, su estancia en Guadix fue demasiado corta para dejar una huella profunda de su labor (tanto más cuanto que, desde comienzos de 1535, fray Antonio estuvo fuera de su obispado durante dos años).

Una vez esbozada la imagen de Guevara como pastor de almas, Agustín Redondo caracteriza a nuestro autor como prelado áulico. Las cortes europeas aumentaron por esta época su esplendor y fastuosidad, como consecuencia de la consolidación de la autoridad monárquica y del nacimiento de los Estados nacionales. Por lo que respecta a España, convertida en primera potencia mundial, Carlos V hace manifiesta ostentación de su poderío por medio de una corte cuya magnificencia y solemnidad había sido insuperada hasta el momento. En este ambiente palatino Guevara se sentía muy a su gusto, cosa que deja traslucir varias veces en sus cartas. La vida muelle de la corte se compensaba con el prestigio que proporcionaba el entorno y el trato con nobles y grandes. Los familiares de Guevara debieron de ponerle al corriente de las luchas internas que existían en la corte; por sus antecedentes familiares, el obispo de Guadix tomó partido por el bando flamenco, manteniendo excelentes relaciones con toda clase de personajes importantes que pululaban en torno al monarca. Pero no es menos cierto que nuestro autor era, asimismo, admirado por los cortesanos, que gustaban de las excelentes dotes conversadoras del franciscano. De entre todas sus actividades, las que Guevara apreciaba más eran sus entrevistas personales con el emperador (cuando, por razón de sus cargos, accedía a la cámara regia para departir con Carlos V). En resumidas cuentas, Guevara era un cortesano nato, amante del trato amistoso, de la buena mesa y de la amena conversación (ya se tratasen asuntos graves o intrascendentes). Pero de ello no puede deducirse que nuestro autor fuese un «bufón de alto linaje», como lo bautizó

René Costes y posteriormente lo han repetido diferentes críticos. Todo lo contrario; por lo que conocemos de su obra y de su actividad en la corte, podemos afirmar que el obispo de Guadix fue un hombre digno, respetado y admirado por los cortesanos.

Evoca Agustín Redondo las estancias de la corte en Valencia (1528) y en Avila y Medina del Campo (1531-1532), en que Guevara estuvo presente, analizando hasta qué punto la vida cortesana de estos años ha quedado reflejada en las obras de nuestro autor. En este período Guevara se nos aparece como el hombre contradictorio que siempre fue: adora la corte, se complace en su ambiente y se encuentra a gusto en ella; monje franciscano y obispo, sabe que la vida de la corte es camino de perdición y experimenta, por ello, sincero remordimiento. No obstante, nunca se asemejó Guevara a aquellos prelados mundanos que tanto abundaban en palacio; por el contrario, se ocupó lo mejor que pudo de sus fieles y residió, a pesar de sus viajes a la corte, en su obispado.

El capítulo finaliza con un repaso a los acontecimientos que culminaron con la expedición del emperador a Túnez, para combatir al pirata Barbarroja, el viaje de regreso a través de Italia y el enfrentamiento entre las tropas francesas y españolas por la cuestión del Milanésado. Guevara acompañó a la expedición en su doble condición de cronista oficial y de administrador del hospital de campaña. Con este motivo llegó a Madrid, donde se encontraba la corte, a comienzos de 1535 y tuvo ocasión de conocer, en el viaje expedicionario, Barcelona, el norte de Africa, Sicilia, Nápoles, Roma, Florencia y, seguramente, Francia. Acaba el capítulo Agustín Redondo con una explicación de las huellas que el periplo imperial dejó en la obra de nuestro autor (especialmente en las *Epístolas familiares* y en el *Arte de marear*).

5. *Guevara, obispo de Mondoñedo.*

En 1536 fray Antonio es nombrado por el emperador para ocupar la silla episcopal de Mondoñedo, probablemente en recompensa por los servicios prestados en la expedición a Túnez. Aunque la designación canónica debió hacerse en los primeros meses de 1537, Guevara no tomó posesión del cargo hasta un año más tarde, permaneciendo todo este tiempo en Valladolid (donde se encontraba la corte), dedicado, en intenso trabajo, a la redacción de múltiples obras: la *Década de Césares*, la *Doctrina de cortesanos* y su continuación, el *Aviso de Privados*, y el *Arte de marear*; probablemente, también, en estos momentos le vino la idea de publicar una colección de sus *Epístolas familiares*.

En febrero de 1538 fray Antonio abandona Valladolid para dirigirse a Mondoñedo, en donde entra el 1 de marzo. Tras estudiar su actuación